

no teme una nueva dosis de fastidio, emprenderé gustoso el desenmarañarle esta famosa cuestion, aunque debiera esponerme yo á quedar inferior á mi materia.

EL SABIO.

Falta mucho ciertamente para que Vm. me haya causado fastidio ninguno, aunque, al principio, me haya sido necesaria toda mi atencion para no perder de vista la consecuencia de sus proposiciones. Ahora me reconozco mas que nunca habilitado para oir á Vm., y seguir sus discursos sin experimentar una fatigosa intension mental; me proporcionará Vm. pues sumo gusto en ventilar esta nueva materia. Aun le confesaré á Vm. que tengo una interior complacencia en pensar que podré embarazar algo á mi doctor, cuando él llegue, segun su costumbre, á declamar contra la nueva doctrina *supuesta fisiológica*.

EL MÉDICO JÓVEN.

Hasta mañana pues, ya que Vm. lo desea.

DIALOGO VIGESIMO.

Enfermedades que dependen de la debilidad.

EL SABIO.

VAYA, doctor, la debilidad. Tengo necesidad de que me dé Vm. una justa idea sobre ella, para sostener su causa en presencia de sus detractores, porque no cesan de repetir que Vms. dan mucha estension á sus ideas sobre las enfermedades inflamatorias.

EL MÉDICO JÓVEN.

Entre todos los fenómenos de las enfermedades, el que atrae mas la atencion de los pacientes, es la debilidad. Luego que el hombre comienza á sufrir, se queja de la disminucion de sus fuerzas; y le conmueve el dolor á causa de que le debilita. El hombre solicita el fin de sus penas, á fin de recuperar su acostumbrado vigor; le echa ménos de continuo, y en los progre-

sos del mal no hace notar mas que los de la debilidad. Este afecto es innato, instintivo, y no cede mas que á la fuerza de la reflexion. Si el hombre no puede digerir, se queja de la debilidad de su estómago; si el movimiento de sus miembros es doloroso, ó que al ejecutarle experimenta una angustia que le inclina al reposo, lo achaca á la disminucion general de sus fuerzas; si su respiracion es penosa, nos dice que no tiene fuerzas para respirar; si está restreñido, acusa la pereza, es decir la debilidad de su facultad exonerativa, porque ha notado que sus esfuerzos no surten efecto ninguno: piensa y se espresa de igual modo sobre la descomposicion de las demas funciones. Es fácil convencerse de esta verdad observando las enfermedades de las gentes del pueblo, que no están imbuidas con sistema ninguno de medicina. En general, cuanto mas se aproxima el hombre á la naturaleza, tanto mas dispuesto se muestra á atribuir todos sus males á la debilidad: debe estar pues inclinado á buscar corroborantes por todas partes; y, como está ha-

bituado, en el estado de salud, á recuperar sus fuerzas con los alimentos y bebidas fermentadas, recurre desde luego, en sus enfermedades, á estos mismos medios.

Despues de los corroborantes, lo que mas él desea, es la evacuacion; pero es siempre con la interior esperanza de que despues de haberla conseguido, se hallará ménos débil, y podrá reparar sus fuerzas con la alimentacion. Esta idea le viene tambien de los reparos que él ha hecho sobre sí mismo en el estado de salud. La necesidad de las evacuaciones naturales y diarias le debilita, le embaraza para desplegar sus fuerzas; las recupera, luego que está exonerado ¿es menester mas para inclinarle á desear estas evacuaciones, cuando se halla enfermo?

Quieren pues los enfermos, para fortalecerse, tónicos y evacuantes; y, en los casos en que, con arreglo á teorías ménos antiguas, desean diluentes, depurativos, específicos de ciertos males, es tambien para hallar en ello corroborantes, ya de todos,

ya de ciertos órganos que les parecen debilitados.

Pero he demostrado á Vm. que todos estos modificadores son estimulantes, y que, supuesto que las enfermedades contra las que los oponemos, dependen de la irritacion, no pueden ellos ménos de prolongar ó aumentar la debilidad : de lo cual concluirá Vm. fácilmente que , siempre que la debilidad depende de la irritacion, no constituye ella una enfermedad primitiva, esencial, y que , por consiguiente, no tiene remedio ninguno que le sea particular. Los fortificantes aplicables á las debilidades de irritacion, son pues evidentemente los remedios de la irritacion, es decir las sangrias, los temperantes, la dieta y medios revulsivos.

No sucede así ya, cuando la irritacion está totalmente aplacada en las vísceras. La debilidad es entonces la única enfermedad que queda por destruir ; porque la convalecencia no es otra cosa mas que la debilidad que se sigue á una dolencia de

cualquiera especie. Están indicados entonces los fortificantes del estado sano, tan contrarios á las debilidades de irritacion. Pero como los órganos que acaban de estar irritados, son capaces de estarlo todavía, importa mucho el proceder á la restauracion con prudencia, es decir comenzar por los corroborantes mas ligeros, para elevarse gradualmente hasta los mas vigorosos.

EL SABIO.

Todo eso me parece muy razonable; y me estrañaria yo sobremanera de que se hubiera estado tanto tiempo sin comprenderlo.

EL MÉDICO JÓVEN.

No lo habian comprendido sin embargo, supuesto que luego que algun enfermo habia experimentado alguna pérdida con la sangría ó cualquiera otra evacuacion, se apresuraban á darle fortificantes, con el pretesto de que urgia el reparar sus pérdidas y facilitarle medios para soportar su enfermedad. Ve Vm. que esta estaba rea-

lizada, personificada, considerada como un enemigo en lucha con la economía, que, para vencerle, tenia que recibir ageno socorro. Se sangraba pues para debilitar el *ente enfermedad*; se administraban despues consumados para corroborar al *enfermo*. ¿Qué sucedia? que aumentando el pretenso restaurativo la irritacion, corroboraba la enfermedad, y debilitaba á su víctima. Destruíase pues con una mano el bien que se habia hecho con la otra; y la muerte del paciente era el resultado definitivo.

De igual modo se obraba en las convalecencias. Si no sobrecargaban de alimentos al individuo, dábanle á lo ménos vinos generosos, quina, amargos; si sobrevenia una irritacion gástrica, la llamaban *principio de obstruccion*; se daban vomitivos, purgantes, volviendo de nuevo á los tónicos; y cuando el convaleciente no experimentaba una violenta recaida, permanecia desfallecido por espacio de mucho tiempo, y perdía la salud á veces para toda su vida. Ruégole á Vm. que mire alrededor de sí á las gentes, y entre ellas verá una infinidad

de estas víctimas de la ignorancia de las leyes fisiológicas. Pero esos infelices, en vez de acusar la impericia de sus médicos, se les manifiestan tanto mas reconocidos, cuanta mas dificultad esperimentáron en recuperar su salud, á causa de que atribuyen lo lento de su convalecencia á lo grave de la enfermedad únicamente.

EL SABIO.

Tiene Vm. muchísima razon. Conozco á infinitas personas que se halláron en ese caso; en él me hallé yo mismo á contiuuacion de mi calentura intermitente; pero me hallaba muy remoto de achacarlo á la causa que Vm. acaba de indicar.

EL MÉDICO JÓVEN.

Despues de la debilidad que sucede á las enfermedades de irritacion, llegamos á la que es primitiva. Ha visto Vm. un ejemplo suyo en ciertas hidropesías. Los que sufren con el hambre, ó que se sustentan con alimentos de escasa substancia, caen indispensablemente en un estado de debilidad considerable. Son tales sin embargo

las leyes de la economía viviente, que privado el estómago por mucho tiempo de sus estimulantes naturales, los alimentos, contrae por último una irritación que se eleva hasta el grado del estado inflamatorio. Conviene pues distinguir, entre los desdichados que padecieron con el hambre, los que tienen una gastritis; y puedo certificar á Vm. que estos últimos son incomparablemente los mas numerosos.

El frio es, sin contradicción ninguna, uno de los mayores debilitantes á que estamos espuestos, obre él ya por el aire, ya por el intermedio del agua. El frio retarda la circulación, produce el entorpecimiento y debilidad de los miembros; pero obrando así, impele la sangre hácia las vísceras, en las que promueve infartos, acompañados de una irritación que llega muy á menudo hasta el grado de la flemasía. Así, cuando se trata de remediar la debilidad de una persona que ha estado espuesta á la influencia del frio, debe dirigir el médico su primer cuidado á asegurarse de si no conviene luchar desde

luego contra una inflamación visceral.

Los ejercicios violentos y prolongados, los excesos en los placeres del amor, las pasiones tristes, el miedo, deben ponerse sin duda en la clase de las causas mas debilitantes; no obstante esto, hay pocos casos en que la postración que estas causas determinan, no vaya acompañada de una irritación visceral, aun con frecuencia de una verdadera inflamación. Las precauciones indicadas para los anteriores casos son pues igualmente aplicables á estos. Es una verdad que no era conocida ántes de la época de nuestra doctrina. Todos estos enfermos eran vigorosamente estimulados; iban consumiéndose; y se atribuian todos sus males á una debilidad esencial de una tan maligna naturaleza, que no existia tónico ninguno suficientemente eficaz para triunfar de ella.

Los que han experimentado flujos de sangre copiosos, y renovados á menudo, están sujetos, como lo llevamos visto, á la hidropesía por debilidad; pero, sin experimentar esta enfermedad, pueden debili-

tarse hasta el punto de necesitar sumamente de los tónicos. Es preciso sin embargo sentar una distincion entre ellos : los que han perdido su sangre con una llaga, con sangrías llevadas muy adelante, las mugeres que padeciéron considerables flujos á continuacion de un parto, pueden no tener en los órganos digestivos ninguna irritacion que contradiga la indicacion de los corroborantes. No sucede ya así con las personas que son debilitadas por algunas hemorragías no promovidas, y que se repiten espontáneamente, sin lesion ninguna procedente de las causas exteriores; estas tienen, como lo hemos visto, casi siempre una irritacion, ó aun una flemasía visceral, que determina la pérdida de su sangre : tales son los tísicos que escupen la sangre; las gentes atacadas de gastrítis ó enterítis crónicas, que la vomitan ó evacuan por la via de las cámaras; las mugeres atacadas de cirro, del cáncere del útero ó de pólipos, que se debilitan con flujos continuos; los jóvenes á quienes atormenta la sangre de narices excesivamente copiosa; los he-

morroidarios á los que un flujo muy abundante mantiene en un estado de languidez, etc. Todos estos enfermos no tienen una debilidad esencial; y, si es importante sostener sus fuerzas con caldos y ligeros alimentos, lo es todavía mas luchar, por los medios apropiados á la inflamacion, contra la irritacion que reside en una víscera particular y mantiene sus hemorragías; aun á menudo tenemos motivos de darnos el parabien por haber osado practicar algunas sangrías locales en la region de la piel mas próxima al punto de irritacion. Ejercida aquí la revulsion por medio de los vejigatorios y rubificantes, proporciona un alivio que se habia solicitado en balde de los otros remedios.

Entre todas las debilidades, la mas evidente, esencial, y directa, es la que se produce por la falta de aire respirable. El oxígeno es el alimento por excelencia de la vida : luego que el aire atmosférico está desprovisto de él, las personas que le respiran, experimentan alguna congoja; hacen vanos esfuerzos para respirar; el aire que